

# Tigres de papel y tigres verdaderos

Juan A. Hasler

*A propósito de un indigenismo fallido*

El conocimiento de la sintaxis de una lengua americana, puede ser una generosa fuente de inspiración para la literatura castellana de las provincias de América. El modo de hablar del indio puede fecundar el estilo del escritor.

El *Popol-Vuh* vibra en las páginas de Abreu Gómez y de Mediz Bolio, y la manera de contar de *Los hombres verdaderos* presta calidad al estilo de Castro Guevara, en su libro del mismo nombre, lo mismo que a los magníficos cuentos de Eraclio Zepeda.

Cuando, en cambio, en la literatura indigenista está ausente el estilo de los hombres de la tierra —de los hombres verdaderos— suele estar ausente también el lenguaje de las rocas y de las aves y de los árboles verdaderos de la tierra. No serán sino pajaritas de papel, árboles de humo, hombres de paja.

De nada vale emprender un viaje a los ventisqueros magallánicos en busca de inspiración. Ahí está la nieve, y las focas, tal vez también las pampas y sus borregos. Pero nada más. No está el lenguaje de la gente. Se rebusca entonces en alguna fuente escrita, por ejemplo en Esteban Lucas Bridges, *Uttermost part of the Earth*, y se le da "forma artística"; se emprende el viaje de regreso y se concursa en un certamen de la honorable municipalidad. Imprimen lo escrito. Mas, lo escrito es risible. O, más bien, deplorable. ¡Cuánta incomprensión! Dan ganas de llorar los pocos intentos de literatura americanista o indigenista hechos en tierras australes de América. ¿Por qué? Sin duda porque no ha sido vivido lo que escribe. Ventisqueros de catalejos, tigres de papel, hombres de tinta. No se ha vivido nada, ni la compañía, ni la soledad.

Más categoría concedo yo a dos relatos que no ganaron premios municipales ni fueron escritos con intención de triunfo alguno. Me fueron contados en quichua meridional (Chaco), y creo que la calidad que tienen deriva no sólo de la sintaxis aborigen, que no alteré al traducir, sino que el ambiente fue vivido de cerca, no observado con catalejos; hay ahí soledad

verdadera, hay hombres verdaderos, hay tigres verdaderos, apretones de manos verdaderos.

Mandé a la imprenta estos relatos de 1970 (esa vez con el texto indígena original) a consecuencia de haber leído en Chile varios libritos de fallido americanismo o indigenismo. Como una especie de reacción contra ellos, en vez de una reseña, es que saqué los dos relatos de mi escritorio, – como una especie de obsequio para ellos. Terminé aquella vez diciendo: Así hablan los hombres verdaderos de la tierra, y si de esta tierra hablamos, justo es que en nuestro relato vibre su ritmo, el cual no nos lo comunican los paisajes de los almanaques verdes-grises de la Dirección Nacional de Turismo, ni los distantes indios y ventisqueros divisados desde el barco.

Los relatos son:

### *El tigre*

Muy cansados volvíamos a nuestras casas. Los caballos y nuestros perros iban igual, medio día era. Con la madrugada, de noche todavía, habíamos salido. Anduvimos las vacas haciendo volver a la hacienda.

La fría lluvia de aquel invierno había llevado al ganado de su querencia lejos. En esa época, sesenta años atrás, había en el Chaco muy pocos tigres, pumas, gatos monteses, zorros, que mataban muchas reses. Por esto a las vacas estábamos haciendo volver.

Del bosque salidos, los perros ventearon algo. Con miedo y a la pelambreira parando, comenzaron a correr, las pisadas olfateando. Nosotros seguimos a los perros tan rápido como podíamos pasar del pesado barro. Al rato oímos de los perros el ladrido. Llegando vimos en un algarrobo, en las ramas, a un tigre, que era lo que a los perros hacía rabiar.

Mi perro, viendo mi llegada, hacia atrás retrocediendo para vuelo tomar, corriendo, saltó hacia el tigre, queriendo morderlo.

Pero el tigre en el aire no más tomándolo con un zarpazo en su cabeza, a tierra lo tiró, privado de sentido, como muerto. De ahí el tigre subió más hacia arriba en las ramas.

Como no habíamos traído de fuego armas, a mi compañero le dije:

–Ve donde Mansilla armas a buscar; yo te estaré esperando al tigre cuidando.

Mansilla no vivía lejos de donde estábamos.

Al rato de que se había ido mi compañero, llegó un hombre a caballo.

Me dijo:

–¿Qué cosa haciendo estás, amigo?

– Al tigre cuidando, le dije.

– Vamos a lazarlo.

Y diciéndolo a la reata preparó.

Mas, cuántas veces le tiraba, no pudo lazarlo, a causa de las ramas del árbol.

- ¿Tienes cuchillo?, preguntó.

- Tengo.

Y diciéndolo mi cuchillo saqué.

Con él, una lanza hizo. Y después comenzó a subir en el árbol. Llegando del tigre cerca, lo provocó. El tigre enfureciéndose, hacia el hombre se volvió.

En esto, el hombre en su pecho lo lanceó y empujando al suelo, lo derribó. Y como yo no estaba del árbol muy lejos, el tigre vino hacia mí, con ánimo de matarme. Yo, mozo de unos once años, en mi caballo había estado mirando la escena. Así es que volviendo mi cabalgadura, haciéndola correr, salí.

Cuando el tigre preparó para sobre mí saltar, mi perro, ya mejorado, del muslo agarrándolo lo hizo volver, para luchar, muy fieramente.

Cada vez (constantemente) el tigre quería subir de nuevo al árbol del cual el hombre apenas estaba bajando. Los perros, en su parte posterior mordiendo, a tierra bajaban. Y fué así que a la tercera vez que el tigre subir intentó, que en ese intervalo el hombre pudo bajar. Y aprovechando que la fiera del árbol estaba retirada y con los perros peleando, el hombre (a quien se le había caído la lanza junto con el animal), tomó la lanza y detrás del árbol al tigre esperó.

Entonces la fiera, su sangre perdiendo, sin fuerza, intentó subir otra vez, y es cuando el hombre, de su escondite saliendo, al corazón la lanza clavó, matando.

A mí mirando, aquel hombre dijo:

- ¿Puedo su piel llevar?

- ¡Lleve! Con buena ley la ganó.

Cuando llegó mi compañero, ya el hombre quitado había al tigre su piel. Nosotros, la carne levantado, a los vecinos que para ayudarnos venido habían con mi compañero, la mitad dando a nuestras casas fuimos, llegando al anochecer.

Desde luego, no es necesario mantenerse excesivamente fiel al orden que tienen las palabras en el idioma original; se hizo aquí sólo con el fin de ilustrar ese estilo, que deberá ser atenuado por el escritor. Ese encuentro con el tigre, por 1918 aproximadamente, fue el encuentro verdadero, como lo fue también el encuentro con el kákuy o, castellanizado, cacúy, ave nocturna de lúgrube lamento.

Al igual que para la *poxacua* de la Huasteca y el *tapacamino* de Yucatán, la conseja popular ofrece una explicación a ese grito, que recuerda un angustiado llamado, y que dió lugar al motivo cuentístico de "la

búsqueda del incumplido”, tan frecuente en las narraciones folclóricas. Hay ahí también otros motivos, como la “imposibilidad de bajar del árbol”, que no son de tan amplia difusión y que provienen de la vecina Amazonia selvática. ¡Pero basta de erudición! Oigamos las palabras de los hombres de ñaupa, de la antigüedad.

### *El Cacuy*

Estaba anocheciendo. Rojo el horizonte muriendo estaba. Las sombras a los árboles desdibujando, al bosque trasformaban en una larga negra oscuridad. Yo, de diez años niño, iba platicando con aquel campesino, viejo hombre, como de cobre el color del rostro, de rala barba, de blanca camisa en su parte superior abierta, con viejo sombrero de paño. Tenía puesto un chiripá y sandalias nativas.

Estábamos yendo a nuestras casas, habiendo ese día el trabajo terminado. Caminábamos detrás del viejo arado que dos bueyes iban arrastrando, ladeado. Entonces fue cuando por primera vez oí el muy lastimero del cacuy su grito, del negro bosque del Chaco surgiendo.

Pregunté al hombre verdadero:

- ¿Qué es eso?
- El cacuy es.
- ¿Qué es, pues?, pregunté de nuevo.
- Te contaré, dijo:

Antiguamente, se dice, que vivían en el bosque dos hermanos, hermana y hermano, cuyos padres muerto habían. El era un buen muchacho. Todos los días saliendo estaba, según dicen, madrugando, al armadillo, a la perdiz, a la algarroba, a la miel buscando.

Su hermana era tan mala, que si bien la comida preparaba, para él no dejaba. En comiendo, el resto arrojaba. Un día, cuando él mismo estaba haciendo su mazamorra, dicen, su hermana se la volcó. Esto lo enojó mucho, por lo que fue al monte. Ahí buscó un alto árbol en el cual había un panal de abejas de tronco.

A su casa regresando, a su hermana dijo:

- Un muy buen panal encontré en lo alto de un árbol. Ayúdame a sacar. Toda la miel que saquemos, para tí no más será.

- ¡Vámonos!, dijo ella.

Al hacha, a la vasija y a la reata llevando, al interior del bosque fueron. El árbol hallado, el hermano dijo a la hermana:

- ¡Sube! Arriba está la miel.

El hermano le ayudó en la subida, con una reata. De ahí el hermano

---

\* Al vernáculo

subió con el hacha y la vasija. Arriba estando, le dice a su hermana:

- ¡Cúbrete con tu manta!, para que las abejas no te vayan a agujonear cuando yo corte con el hacha.

Cuando ella lo hizo, él ya a hachar empezó y las ramas a cortar del tronco.

A tierra bajando, corriendo en el bosque se perdió.

Largo rato estuvo esperando ella, pero luego empezó a descubrirse. Haciéndolo ya comprendió del hermano la traición.

Con mucho pavor empezó a llorar gritando:

- ¡Túraaay, túraaay, túraaay! ( lo que significa *hermano mio.*)

El drama sucedió lejos en el tiempo antiguo, y la hermana camina todavía a su hermano buscando en el interior del bosque:

- ¡Túraaay...!

A nuestra casa llegando ya anochecido había. Habíamos venido sin hablar; en silencio. A lo lejos el cacuy con su lamento ancestral me golpeó.

Esta leyenda en mí quedó para toda la existencia.



